



... salieron hasta treinta hombres flacos, con los cabellos y la barba hirsutos...

que todavía flotaban las yemas de huevo y los trozos de manteca, salieron hasta treinta hombres flacos, con los cabellos y la barba hirsutos, en cueros de medio cuerpo arriba, hinchados desde las pantorrillas hasta los muslos, con un aspecto de miseria, de idiotismo y de tristeza que causaban horror. Todos se quedaron contemplándonos, no sé si asombrados ó contentos; sólo uno siguió sacando del horno hojas de lata con el pan colocado en filas.

— ¡Nicolás! gritó el de la voz de aguardiente; deja eso, que aquí está Su Majestá...

— Y la presa ¿quién me la paga si se echa á perder? dijo el hombrachón aquel, que estaba iluminado por el resplandor del horno, mientras sacaba hojas y más hojas con la pala redonda, aplanada y de mango larguísimo.

Los panaderos se asustaron al oír aquel desacato, pues se figuraban al Emperador un caballero de poquísimas pulgas, que tomaría venganza de lo que habían dicho contra él y que por lo menos dispondría el fusilamiento de Nicolás.

El Emperador avanzó hasta ponerse cerca del hornero, y le preguntó con cariño:

— ¿Tenéis que pagar acaso el pan que se eche á perder?

— Su Sacarreal Majestá, con perdón de Su Sacarreal Majestá, no nomás pago el pan que se eche á perder, sino también el quemao, el que tiene sobra de color y el que tiene falta de color...



— Es inicuo; eso debería quedar á cargo del dueño de la casa... Y quizás pagaréis también el pan que se rompe...

— No, Majestá, dijo un muchacho; el pan que se rompe, lo mismo que el que sale pegado, lo lastamos los *coleros* y los *atajadores*... Cuando una *presa* sale sin sal, la paga el *mayordomo*...

— ¿Cuántas horas trabajáis diariamente?

— Diez y ocho, patrón, contestó un viejo que garga-jeaba sin cesar, poniéndose negro á cada acceso de tos. Son tres *presas* de pan de *virote*, cuatro de pan *español* y cuatro de *pambazo*... Cada *presa* dura hora y tres cuartos.

— Naiden llega á los cincuenta años en este oficio; yo tengo cuarenta y dos y ya me ve Su Sacarreal Majestá, parece que tengo setenta, explicó el vejestorio que escupía sin parar... Se nos hinchan las piernas, nos salen llagas... Otros nos enfermamos del pecho...

— ¿Y á qué hora salís?

— A ninguna hora, usía, interrumpió un cernidor; aquí dormimos y aquí nos traen la comida...

— ¿Y á qué hora estáis con vuestras mujeres? ¿A qué hora acariciáis á vuestros hijos?

— Si no semos casados, Majestá... Con perdón de usté, Su Majestá, estamos... pos así... juntos nomás con nuestras señoras... Mujeres, no las tenemos... En otras casas les permiten á los panaderos que lleven á sus gentes; pero como tienen que encerrarlas por las cosas de los otros... que...

pos claro; les gustan las pocas muchachonas que llegan á ver.

— ¿Cuánto ganáis diariamente?

— Trabajando al *sopa*, cada *maistro* saca real ó real y cuartilla por arroba de harina y tiene que pagar de allí á los trabajadores...

— ¿Y cuándo salís á la calle?

— Cuando nos atirantamos ó cuando estamos de muerte; de otro modo no hay salida.

— Y entonces nos obligan á que nos fíen los compañeros, explicó otro; y si el que tiene la licencia se muere ó se va, los otros pagan su *libro*...

— ¿Qué libro es ese? pregunté, ya interesado.

— El libro, señor, dijo un muchacho atrevidillo y simpático, es onde costa lo que uno debe: «¿Se muere tu padre? Tanto pa que le entierres». «¿Estás enfermo? Tanto pa que te cures.» «¿Echaste á perder una hornada? Tanto pa que la pagues»... Y de ese modo, cuando usté voltea la cara se encuentra con que ya debe un dineral... Yo, debo trescientos pesos; este otro *chamaco*, docientos cincuenta; don Martín, el *sobresaliente*, quinientos; cuatrocientos el *hornero* y docientos el *aguador*... Cuando se pasa á otra panadería tienen que dar por uno lo que debe en dinero: así se traspasan los *panistas*...

— Si esto no es la esclavitud, me dijo el Emperador... Pues bien (dirigiéndose á los panaderos), de hoy más no



existirá para vosotros sino el trabajo libre. Nada de prisiones, nada de encierro. Si queréis seguir este oficio lo seguiréis, pero podéis venir cuando lo tengáis á bien... Las deudas las pagaréis poco á poco ó no las pagaréis; pero no se os encarcelará, ni se os maltratará, ni se os obligará á responder por otros. Trabajo libre, eso debéis buscar, y si el dueño os molesta ú os persigue, será duramente castigado.



Las caras de aquellos infelices transparentaron escepticismo, esperanza, temor, gozo, y después de un buen rato rompieron en un estruendoso:

— ¡Viva el Emperador!

Salimos seguidos de las bendiciones de todos los panaderos... de todos no, que el *hornero* siguió sacando pan rítmica, devota y mecánicamente.

— ¡Hum! rezongó... Como si Su Sacarreal Majestá fuera á poder más que el patrón Pedregal, que es tan riquísimo...

Fuimos después á las panaderías de Sordo, de Zuleta, de Marquet y de las *Delicias*, y en todas pasaron escenas semejantes. En la de San Juan de Letrán hubo una variación: nos echaron unos perrazos de presa que infundían miedo sólo de verles.

Llegamos al Palacio á eso de las cinco de la mañana, y el Emperador me dijo suavemente, al entrar á su aposento:

— Hemos trasnochado como unos calaveras, pero hemos hecho algo bueno... ¿Qué dirán ahora en Europa, donde aseguran que el archiduque Maximiliano no emprende cosa que valga la pena?

Aquiles fumó un cigarro, tomó aliento y prosiguió con fruición:

— Bueno es lo que te llevo contado, pero no tiene comparación con lo que pasó anoche.

Estaba impaciente porque mi amante me dijera chicleos y no hazañas del Emperador, pues éstas al fin vendría á saberlas, y si no las sabía, nada perdía con ello.

— Anoche, continuó Aquiles, nos encaminamos directamente á la Acordada... Tú no sabes lo que es una cárcel, pero menos te figuras lo que es una cárcel mexicana... Nos abrió la puerta el primer truhán que nos encontramos á la



mano y pronto estuvimos en el patio de la prisión. ¡Qué ruido y qué escándalo había allí! Tirados por el suelo á manera de ovejas moribundas, estaban los pobres presidiarios ora desnudos, ora tapados con *garras* de zarape, ora agrupados calentándose los unos con las carnes de los otros... Una rueda de cincuenta ó cien pelados jugaba naipes á la luz de una vela de sebo; y, detalle característico, cerca del *montero* que recogía los roñosos tlacos de los jugadores, había un cuchillo para traspasar la mano del que quisiera *levantar muertos*, ó sea recoger apuestas ajenas... Paseamos nuestras miradas por aquella agrupación, sin que nadie nos hiciera caso, y así pudimos ver las paredes mugrientas á causa del humor de las chinches, que tapizaban techos, paredes y suelo y de los cuales bichos se defendían los presos matándoles sin piedad; una diosa Themis sin brazos, pies ni cabeza, imagen de la justicia que se imparte aquí, y una serie de antros de que se desprendía el olor fétido que sale de los lugares donde duermen aglomeradas muchas gentes sucias.

Habríamos continuado allí no sé cuánto tiempo, si no hubiera promovido ligera agitación en el grupo una riña que empezaron dos jugadores, el uno armado de chaveta y el otro de filoso puñal. Gritaron los presidiarios, intervinieron los *presidentes*, se formó grupo compacto alrededor de los peleantes, y cuando llegó el jefe de la prisión, no tuvo más que hacer se trasladara al hospital al que

tenía fuera las tripas, y que se comunicara en un *separo* al que había triunfado.

El Emperador se dirigió al recién venido, y con ademán respetuoso pidió licencia para permanecer en la casa.

— ¿Licencia? Vuestra Majestá puede estarse cuanto quiera, que yo y todos los presentes estamos á sus órdenes, exclamó zalamero el alcaide, que de fijo conocía al Emperador.

Maximiliano empezó entonces á examinar la prisión y á preguntar las quejas que tuvieran los reos contra el Gobierno ó sus empleados. Casi todos los presos desfilaban ante S. M. sin decir palabra, asustados, medrosos, quizás llenos de temor por si encerraba aquello una celada que se les quisiera tender para hacerles confesar sus faltas. Por fin, un cojo de aspecto desvergonzado, el cabello sobre el rostro, la boca de oreja á oreja, dijo en voz alta:

— Obre-Dios, que al fin no me han de hacer una *ile-sia*... Pos, señor, aquí hay la *costelación* de quitarle á uno sus *clacos* siempre que llega, diciendo qu'es pa la función de Nuestra Señora de los Dolores... El presidente mayor es quien se coge el dinerito.

— ¡Mientes y eres un hablador! gritó un vozarrón de jaque, y apareció en seguida un palo de encino, tras el palo una mano peluda y tras la mano un brazo con chaqueta de astracán.



— Encierren á ese bandido, ordenó tranquilamente el Emperador.

Se llevaron al insolente, que no tardó en comprender el horrible desacato que había cometido, y tras el cojo fueron pasando uno que se quejaba de no tener abrigo, otro que deploraba la dureza de los frijoles, un tercero que quería se aboliera la *culebra* (como se llama á los golpes que los presidiarios dan á obscuras á los novicios), y un cuarto y un quinto y un sexto solicitando cosas justísimas.

Maximiliano fué disponiendo lo que creyó pertinente, y en seguida empezó á preguntar por el estado de los procesos. Uno, estaba en la cárcel hacía ocho meses, sin que nadie se hubiera incomodado en darle cuenta de cuál era la causa de su prisión; otro, había cumplido su condena «había hecho un año en las últimas pixcas»; otro, estaba preso por llamarse como un famoso criminal que se había evadido cuando le tocaba salir al preso actualmente, y el alcaide había conservado á éste hasta que capturaran al tocayo. En fin, era tal el número de iniquidades, de vergüenzas, de infamias y de picardías, que duramos hasta el amanecer apuntando todo en un libro muy gordo que el Emperador llevaba dispuesto. En seguida repartió S. M. cuanto dinero tenía en los bolsillos, que no era mucho; me pidió el que yo llevaba, y salimos contentos y satisfechos para continuar nuestro trabajo del día siguiente.

Aquiles fumó un cigarrillo, guardó silencio un buen

rato y luego quedó perplejo, como quien pretende resolver algo consultando con el techo ó con las paredes.

Referí alguna cosa que se me figuraba interesante y Aquiles continuó callado; dije cosas lisonjeras, cosas tiernas, cosas dulces, y él continuaba más ensimismado.

— Tú tienes algo, le dije; tú me ocultas algo.

— Nada tengo, te juro que nada tengo.

— Que sí...

— Que no...

— Como te quiero, conozco bien que algo te aflige; como tú no me quieres, no me haces partícipe de tus penas...

— Que no te quiero... Penas... ¡Qué tontería!

— Sí, penas; bien dicho... Niégame ahora que algo te preocupa...

— Cosas del servicio.

— Por cosas del servicio no se pone esa cara, ni menos cuando se está en buena compañía.

— ¿Qué quieres? Yo soy así...

— Así es como no eres: descastado y falto de atención para conmigo.

— Si tú te empeñas...

— No es que me empeñe; es que... como tú no me quieres...

— No digas eso, tonta; no lo digas ni en chanza; te quiero con toda mi alma.

— Pues entonces, ¿á qué viene esa reserva?...



— Es que lo que me aflige vale tan poco la pena... Cosas de dinero.

— ¿Necesitabas dinero y no me lo decías?

— ¿Y qué ganaba con decírtelo?

— Que yo remediara tu situación.

— No me ofendas diciendo esas cosas...

— ¿Ofenderte? ¿Por qué? ¿Acaso lo tuyo no es mío? Pues ¿por qué lo mío no ha de ser tuyo? Te he entregado mi alma, mi albedrío, mis sentidos, mis potencias, mi corazón y todo mi ser, ¿y no te había de entregar unos cuantos tejos de metal amarillo?

— Sí, sí, muy ingenioso; pero no por eso dejaría de ser una infamia recibir los tales tejos...

— ¿Infamia?... ¿Por qué había de ser infamia? Haz cuenta que ya nos casamos y que te doy mi haber para que dispongas de él á tu antojo...

— Sería caso distinto, apuntó Aquiles haciendo una mueca.

— No veo yo la distinción...

— Yo sí la veo... En fin, que no puedo, que no puedo...

Quedamos un buen rato de morros, y entonces me ocurrió un arbitrio:

— Y si yo pudiera no regalarte, sino prestarte eso que has menester...

— Eso sí me convendría. Al fin...

— Bien, pues dime cuánto necesitas.

— Dos mil seiscientos pesos, dijo Lapierre... Pero los acepto á condición de que tomes un documento mío en que me obligue á pagarte en cierto plazo...

— ¿Y con réditos?

— Con réditos, está claro.

— Pues he aquí lo que menos esperaba, exclamé riéndome; verme convertida en un Matatías.

— De otra manera no aceptaré...

— Bien, bien, pues dame todos esos documentos que quieres, que yo los guardaré cuidadosamente, y llegado el caso te apretaré los tornillos y te daré mil disgustos y te quitaré hasta el pellejo... Tú no me conoces cuando quiero officiar de Shyllock: los pedazos de tu piel me han de pagar las últimas barreduras de cobre que me salgas debiendo.

En un papel que por casualidad se encontraba allí, escribí y firmé una orden para que Jecker entregara el dinero y nos despedimos encantados.

— Adiós, usurera.

— Adiós, rico.

— Rica tú, y monísima.

— Hasta el jueves.

— Hasta el jueves.

